

J. A. FORTEA

FORTENIANA OPERA DAEMONIACA IX



EL
APOCALIPSIS
LA GRANDE
Y FUERTE BABILONIA



ENSAYO SOBRE EL LIBRO DEL APOCALIPSIS

SEKOTIA

J. A. FORTEA

EL APOCALIPSIS
LA GRANDE Y FUERTE BABILONIA

Ensayo acerca del Libro del Apocalipsis



SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© JOSÉ ANTONIO FORTEA, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: octubre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN FORTENIANA OPERA DAEMONIACA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: Javier Díaz Martínez

www.sekotia.com

pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: UNIGRAF S. L.

ISBN: 978-84-19979-62-9

Depósito: CO-1410-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO, PRÓLOGO AL FIN DEL MUNDO	9
I PARTE ESQUEMA GENERAL DEL LIBRO	13
EL ATRIO	19
LOS SIETE SELLOS	27
primer sello	29
segundo sello.....	30
tercer sello	31
cuarto sello.....	33
quinto sello.....	35
sexto sello	37
séptimo sello	43
LAS SIETE TROMPETAS.....	47
primera trompeta	50
segunda trompeta.....	51
tercera trompeta	55
cuarta trompeta	57
quinta trompeta.....	59
sexta trompeta	63
Interpolación de los dos testigos	66
séptima trompeta	68
LAS SIETE COPAS	71
primera copa	73
segunda copa.....	75
tercera copa	76
cuarta copa.....	80
quinta copa.....	81
sexta copa	82
séptima copa	87

EL ARMAGUEDÓN Y EL GRAN COMBATE ESCATOLÓGICO	89
EL REINO DE LOS MIL AÑOS.....	97
Apocalipsis en dos fases	97
Cuestiones terminológicas	101
La primera resurrección	102
BATALLA DE GOG.....	107
Ezequiel 38	111
Ezequiel 39	114
LA JERUSALÉN CELESTE	121
 II PARTE TEMAS ESENCIALES.....	 125
APOCALIPSIS PRIMARIO FRENTE A MICROAPOCALIPSIS	127
Lectura romano imperial	127
El resurgir alternativo de las bestias y de los oasis de paz	130
Lectura levítica	133
Lecturas correctas e incorrectas.....	136
LOS CUATRO PRINCIPALES APOCALIPSIS BÍBLICOS.....	139
El Apocalipsis Sinóptico.....	140
El Apocalipsis joánico	140
El Apocalipsis de Daniel.....	141
El Apocalipsis mosaico.....	146
EL APOCALIPSIS DE JOEL.....	153
EL ANTICRISTO Y EL TEMPLO DE DIOS	159
LOS DOS TESTIGOS	171
REFERENCIAS NUMÉRICAS Y CRONOLOGÍA	177
Guerras y signos en el cielo.....	178
Se prohíbe la misa	178
Invasión de Israel	178
Abominación de la Desolación en el Templo	178
Poder de actuación de la Bestia	179
Muere la tercera parte de la Humanidad	179
Día de la Ira.....	179
Después del Armagedón.....	180

LOS 144.000 SELLADOS.....	185
Pertenencia espiritual a las tribus	187
La exclusión de la tribu de Efraim	187
La tribu de Dan	189
La tribu de Leví	190
La tribu de José.....	190
La tribu de Manasés.....	191
Recapitulando.....	191
Algunas características más de estos santos.....	192
LA BESTIA DE LAS SIETE CABEZAS	195
LA BESTIA DE LOS DOS CUERNOS	203
Sube de la tierra.....	204
Dos cuernos	204
Parece un régimen bueno	205
Las dos Bestias coexisten	205
Mezcla de lo político y lo religioso.....	206
 III PARTE CUESTIONES PARTICULARES	 209
LA MENTALIDAD APOCALÍPTICA.....	211
¿PUEDE UN PAPA LLEGAR A SER EL ANTICRISTO?	219
EL REENCUENTRO DEL ARCA DE LA ALIANZA	221
OTROS TEMAS MENORES	227
La Unión Europea, la ONU y otras organizaciones	227
El ecumenismo	229
Los primeros pasos de la persecución	230
La ciudad de las siete colinas	232
 EPÍLOGO	 235

PRÓLOGO, PRÓLOGO AL FIN DEL MUNDO



LOS CUATRO RÍOS que en el comienzo del Génesis riegan el Jardín del Edén, tras muchas bifurcaciones, tras muchos meandros, desembocan en el río de la Nueva Jerusalén: *Entonces el ángel me mostró el río del agua de vida, brillante como el cristal, fluyendo desde el Trono de Dios y del Cordero* (Ap 22, 1).

No ha sido mi deseo hacer un tratado comprehensivo acerca del Libro del Apocalipsis. Mi obra no tiene la intención de ser una recopilación de todas las tesis interpretativas de ese texto sagrado. Esta obra no es un manual, por tanto, sino que se presenta como una serie de reflexiones adicionales para aquellos que ya conocen la literatura acerca de este texto bíblico. Aunque *La grande y fuerte Babilonia* podrá ser leída con fruto por aquellos lectores para los que el presente título supone la primera aproximación al texto de san Juan,

será mejor aprovechado por los que ya conocen bien otros comentarios y tratados de tipo más general.

En el presente libro trato de interpretar los símbolos del Apocalipsis; intento desentrañar el texto en sus detalles. Pero me gustaría pensar ahora, una vez acabado de escribir el libro, que lo mejor de mi trabajo ha sido la síntesis que ofrezco del Apocalipsis, mi intento de meditar el libro entero como unidad.

Al tratar de levantar la tapa de misterio que cubre, vela y oculta el arcón cerrado que es este libro de profecías, soy consciente de la responsabilidad que eso conlleva. No es lo mismo escribir un artículo sobre algún aspecto parcial del libro de Ester o de un rito del Levítico, que escribir acerca del libro que describe el fin del mundo. Cuando uno piensa que, sobre todo en el ámbito protestante (aunque no solo), hay personas que han malvendido sus bienes porque pensaban que la Parusía era inminente, individuos que han abandonado sus puestos de trabajo y se han trasladado a lugares que creían más seguros, uno se da cuenta de la responsabilidad que supone dar luz acerca de este tema. La semana pasada me enteré de la tragedia de una familia que había hecho tal cosa en España por haber puesto su confianza en las interpretaciones de un geólogo metido a exegeta a ratos libres. Lamentable. Si mi libro puede evitar desastres personales de esta clase, me sentiré feliz.

El Apocalipsis no es un libro sobre un imperio o una dinastía. Es una obra sobre el mundo, sobre la batalla de las batallas. No trata del final de un reino, sino que trata del Final con mayúscula, del término perfecto de todo, del Final que pone conclusión a todo. Si hay un texto épico, realmente es éste. Todos los textos bíblicos anteriores desembocan en este texto joánico. (En el presente libro, cuando hable del *texto joánico*, me referiré al texto joánico del Apocalipsis; no al del Evangelio de San Juan ni a las tres cartas del mismo apóstol). El Libro del Apocalipsis presupone todos los libros bíblicos

anteriores, y concluye todos ellos. De ahí la imagen con la que he comenzado este libro: los cuatro ríos que en el comienzo del Génesis riegan las praderas y colinas del Jardín del Edén tras ramificarse, tras muchas curvas, desembocan en el río de la Nueva Jerusalén. La Biblia nos enseña a leer la Biblia. La Biblia nos enseña a leer el Apocalipsis.

Ese río del segundo capítulo del Génesis tiene un significado simbólico, pero pienso que era también un río material. El río del último capítulo del Apocalipsis tiene también un significado simbólico, pero también pienso que será un río físico en ese nuevo mundo en el que habitarán los cuerpos resucitados. El primer río simbólico del primer Edén llega al Nuevo Edén. Y ese *río de agua brillante como el cristal* es símbolo de Cristo. El Génesis desemboca en el Apocalipsis tras todos los libros bíblicos anteriores.

Las bifurcaciones interpretativas del texto del Apocalipsis son también una enseñanza. No olvidemos que cuanto más concreto hubiera sido el libro de san Juan, más se hubiera comportado como motor generador de falsas identificaciones. Cuanto más el libro hubiera precisado de forma física sus predicciones, más visionarios hubieran visto con toda seguridad que se refería a tal personaje, a tal lugar, a tal acontecimiento.

Por eso, el texto de los tres septenarios resulta magistral en su capacidad para revelar y desvelar con una belleza literaria insuperable, pero haciéndolo de modo que dejase a los visionarios sin asideros concretos físicos, sin asideros temporales o de identificación concreta de personajes. ¿Cómo revelar sin crear un peligroso caldo de cultivo de visionarios desatados?

¿Cómo crear un libro para confortar a la última generación del mundo, pero que fuese igual de útil para todas las generaciones de cristianos? La Biblia no convenía que cargase con todo un libro de páginas inútiles durante toda la Historia hasta el final. El Apocalipsis no podía ser un peso

muerto en la Biblia, que solo germinase al final. El libro debía ser perfectamente útil para la primera generación de cristianos como para la última. El resultado de esta magistral voluntad divina es el Libro del Apocalipsis. Libro que, en mi opinión, literariamente hablando, es el más bello de todos los libros de la Sagrada Escritura.

Bajo un criterio totalmente personal, desde un punto de vista estrictamente literario, considero que el más bello libro de todo el Antiguo Testamento es esa joya que conocemos bajo el título de Eclesiastés. Mientras que el más bello libro del Nuevo Testamento es el Apocalipsis: una admirable piedra labrada para sellar algo tan sagrado como la Palabra de Dios, una conclusión perfecta. Insuperables palabras para cerrar la Palabra de Dios.

I PARTE

ESQUEMA GENERAL DEL LIBRO



INTERNÉMONOS AHORA CON RESPETO en el texto sagrado. Vaya por delante que cuando en esta obra escribo «Apocalipsis», me refiero al libro. Y cuando escribo «apocalipsis», me refiero a la sucesión de hechos apocalípticos. En las siguientes páginas, voy a ir examinando, parte a parte, la estructura esencial del libro entero. Los grandes temas que se tocan en esta obra de san Juan son los siguientes:

1. Atrio
2. Cartas
3. Plagas
4. Visiones celestiales (intercaladas a lo largo de las plagas)
5. El Armagedón
6. El reino de mil años

7. La batalla de Gog y Magog¹
8. Venida de Cristo a la Tierra, resurrección universal y Juicio Final
9. La Nueva Jerusalén

Fácilmente podría hacerse una división más simbólica del libro, por ejemplo, en siete partes. Pero eso supondría la intervención de un mayor subjetivismo por mi parte. Algún autor ha querido ver este libro como un texto articulado en siete septenarios. La pretensión me parece legítima, debía intentarse por la belleza de la idea. Pero no veo que el libro favorezca para nada esta pretensión.

El Apocalipsis solo contiene un septenario de cartas y tres septenarios de plagas. Considerar el Apocalipsis como un septenario de septenarios (tesis que tiene algo de difusión hoy día) solo se logra si el lector impone a toda costa ese esquema previo y fuerza su encaje a base de dividir artificialmente el texto. La realidad es que el texto cuenta con estos grandes grupos temáticos mencionados y solo con estos, el resto son subgrupos.

Dentro de estos temas, es a la parte de las plagas a las que san Juan le va a conceder mayor extensión y, por tanto, mayor importancia. ¿Por qué? Pues porque es la parte de las plagas la que va a revelar detalles concretos para que los cristianos puedan discernir si se hallan en la época del fin del mundo o no. Al fin y al cabo, este libro que concluye la Biblia trata de eso.

Alguien me dirá (en tono de predicador) que el Libro del Apocalipsis de lo que trata es del triunfo de Dios al final de la Historia; incluso me dirá que trata del Amor de Dios, y cosas piadosas por el estilo. Pero eso no es así: el libro trata de las

1 En casi todos los libros, siempre que se menciona la Batalla de Gog, se suele añadir «y Magog». Pero «ma» significa «tierra». No considero que sea necesario siempre decir «la batalla de Gog y de la tierra de Gog». Basta con mencionar al príncipe. Sirva esta aclaración para toda esta obra.

plagas, castigos y catástrofes del fin del mundo; aunque después todo se corone con el triunfo de Dios. El Autor podría haber coronado la Biblia con un libro acerca del Amor de Dios. Pero, de hecho, no ha sido así. Aunque finalice su obra hablando de la Jerusalén Celeste. Debemos buscar el porqué de ello, el mensaje que encierra esto. Pero no podemos prescindir del texto, para siempre hacer encajar lo que dice el Apocalipsis con lo que pensamos.

El Apocalipsis ciertamente otorga las claves para entender el sentido de la Historia y también nos revela el triunfo final de Dios. Pero si observamos lo detallada que resulta la narración de las plagas, comprenderemos que es un libro que tiene tres fines:

1. Discernir
2. Consolar
3. Recordar las verdades teológicas

Es decir, el texto joánico tiene no un solo fin, sino tres fines.

Otorgar discernimiento: Lo primero de todo que se busca es que las generaciones de cristianos puedan discernir. Es decir, observando el tiempo presente y contrastándolo con el libro, podremos ponderar si estamos o no en la época descrita en esas páginas. El texto joánico es una revelación con la cual se podrá responder a la pregunta: ¿es este el tiempo final? Si la respuesta es sí, entonces el libro pasa a ser también un libro que consuela.

Ofrecer consolación: Se trata de un libro pensado para que la generación que viva en ese tiempo final se sienta identificada, sienta que se trata de un mensaje enviado para ellos, y su fe en la victoria definitiva se refuerce. Consolación

que les vendrá también porque el libro se convertirá en una especie de reloj o calendario o lista de sucesos que les permitirá saber cuántos pasos les quedan hasta la victoria definitiva. Todas las generaciones que vivan apocalipsis parciales podrán consolarse leyendo la gran consolación de Dios dada a los últimos cristianos.

Recordar las verdades teológicas: Tanto el comienzo del libro como el final, así como los retazos de visiones celestiales del Trono, son un recuerdo de la centralidad de Cristo, de su omnipotencia, etc. El libro es un gran Credo. Las verdades de la fe (no todas) se van sucediendo a base de visiones y narraciones. En ese sentido, el libro constituye también un gran sermón.

Estos tres fines urden la trama del tapiz que es el Apocalipsis. Todo el libro es una combinación de textos en orden a lograr estos tres propósitos. Como se ve, el Apocalipsis cumple la misma función en el Nuevo Testamento que fue cumplida por los libros de los profetas en el Antiguo. Los profetas anunciaron la venida del Mesías. Si un Juan, el Bautista, anunció la primera venida, otro Juan, el de Zebedeo, es el gran profeta que anuncia la segunda venida del Mesías.

Si Isaías desvela lo que serán los tiempos mesiánicos, el apóstol san Juan revela lo que será el final de ese tiempo mesiánico. Los profetas profetizan de antemano el final del Reino de Judá, san Juan profetiza el final del Reino de Dios. Isaías, Jeremías, Ezequiel y todos predicen los tiempos mesiánicos, pero también ellos pueden ser releídos como profetas del Apocalipsis. Los detalles del final de Jerusalén y su reino, nos están hablando de los detalles del final del mundo. Como si la caída de Jerusalén fuera símbolo y parábola de la caída del mundo al final de los tiempos. Entre todos ellos, el profeta Daniel descuella. Jesucristo cita a Daniel como profeta del apocalipsis

del pueblo judío, y san Juan lo vuelve a «citar» como profeta del apocalipsis del pueblo de la Nueva Alianza. Jesucristo lo hace al hablar de la *abominación de la desolación*, san Juan lo hace al hablar de las Bestias. El criterio interpretativo referido a Daniel, vale para todos los demás profetas. La enseñanza (de Cristo y su apóstol) nos enseña a cómo debemos releer y encarar a los otros profetas como partes de una unidad.

Desde un punto de vista lógico, los profetas son la última parte del Antiguo Testamento; esto es muy razonable que sea así. El primer testamento comienza afirmando LO QUE ES (quién es Dios, la existencia de la otra vida, los Mandamientos, etc.), para acabar profetizando LO QUE VA A SER (cómo será el Mesías, cómo será la era mesiánica, etc.). Siguiendo el mismo esquema, el Apocalipsis también debe culminar los escritos del Nuevo Testamento de esa misma manera: tras lo que es, se acaba con lo que va a ser.

Los profetas acaban la revelación veterotestamentaria anunciando las profecías del castigo por los pecados y la venida del Mesías. San Juan acaba el Nuevo Testamento exactamente de la misma manera, con esa misma dualidad, no se puede pedir más simetría entre ambos testamentos. En medio de esa urdimbre dual, tanto los profetas como san Juan, van a recordar una serie de verdades teológicas esenciales a través de visiones celestiales.

Tras lo que he dicho antes, no solo existe esa simetría, sino que, además, el Nuevo Testamento nos lleva a una relectura del Antiguo. Con lo cual todo acaba formando una impresionante unidad solo posible de crear por la Mano de Dios.

Algunos han propuesto lecturas históricas preteristas o meramente espirituales del texto que niegan el carácter profético de ese libro. En esas lecturas, hay mucho de verdad, siempre y cuando que no neguemos que el Apocalipsis es, en su sentido primario, un libro profético. Es decir, ante todo, es un libro que nos vaticina hechos venideros.

A la cuestión de cómo leer ese libro que culmina el Nuevo Testamento, la respuesta es clara: debe leerse como se lee a los profetas que culminan el Antiguo Testamento. La lectura de los profetas nos enseña a leer ese libro neotestamentario. Nunca insistiremos bastante en que el Apocalipsis (en su género literario y en su propósito, en sus imágenes y en sus comparaciones) forma una perfecta continuidad con todos los escritos proféticos del Antiguo Testamento. Las mismas oscuridades que encontramos, por ejemplo, en Habacuc o Joel, las encontramos en el texto joánico, texto que, no lo olvidemos, fue escrito por un judío lector de los profetas. Las reglas que valen para leer a los libros proféticos valen para leer el texto de san Juan.

Por lo tanto, hay que desechar ciertas lecturas imaginativas que no tienen nada que ver con el tenor interpretativo que nos enseñan las mismas Escrituras. Porque es cierto, lo repito, que la Biblia nos enseña a leer la Biblia. La lectura debe estar muy pegada al texto, porque una cosa es leer y otra crear. La lectura más sencilla suele ser la más verdadera.

Procedo a analizar el libro, parte a parte. Pero recordemos, todo el tiempo, que no debemos perder de vista la visión panorámica. Si nos sumergimos en el libro leyéndolo versículo a versículo con todo el detalle posible, el texto podría aparecer bajo la apariencia de una larguísima sucesión de hechos, como un prolijo elenco de profecías, una detrás de otra. Si sobrevolamos por encima del detalle y nos fijamos en los grandes núcleos temáticos, el programa general que rige el texto queda claro.

EL ATRIO



SE COMIENZA CON CRISTO, colocando a Cristo en el centro de ese comienzo. Principia así el libro y el libro acabará con Cristo de nuevo en el centro del final. A lo largo del libro, esta verdad de la centralidad de Dios se recordará de tanto en tanto. ¿Y qué hace Cristo en ese atrio? Nos da un largo sermón distribuido en siete cartas.

El hecho del envío de las cartas resulta de gran interés. Porque tras la escritura del Apocalipsis una iglesia como la radicada en Laodicea poseía el Evangelio y, además, una carta enviada por Jesucristo de forma expresa para ellos. No debemos olvidar que cada una de las comunidades mencionadas en los primeros capítulos del Apocalipsis acabaron recibiendo esas cartas. Es fácil imaginar la sorpresa con que se debió dar la noticia a los cristianos de Sardes de que habían recibido una carta de Jesucristo para ellos enviada por la intermediación del apóstol san Juan.

¿Cada comunidad recibió una carta separada? Durante muchos años fui de la opinión de que la carta a Laodicea, por ejemplo, nunca fue enviada como una carta física, como un papiro que consignara el texto dedicado únicamente a ellos. Pensaba que les llegaría a ellos como parte de un texto más amplio, el de todo el libro; que les llegaría el mensaje integrado en un mensaje más extenso; que su carta vino inserta en una parte de otra carta si consideramos el Libro del Apocalipsis como una carta enviada por Jesús a la Iglesia. No nos olvidemos de la primera línea del Apocalipsis: *Revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos* (Ap 1, 1a). Si cada una de las siete iglesias recibe una carta. El Apocalipsis puede ser leído como una carta suplementaria de Jesús que se une al anuncio esencial que es el Evangelio.

Pero después he cambiado de opinión acerca de si cada iglesia recibió esta carta de forma individualizada, antes de la composición de todo el texto joánico. Cada carta indica directrices muy concretas para cada grupo de cristianos en particular. No pienso que san Juan esperase a enviar la carta a que su escriba acabase siete copias de su libro íntegro. Considero que el apóstol se tomaría totalmente en serio el encargo de enviar ese mensaje a cada una de las siete iglesias. Insisto, imaginémonos el impacto al recibir una comunidad una misiva como estas.

De ningún modo debemos pensar que san Juan mencionara a las iglesias por su nombre como una mera figura literaria. Tampoco san Juan debió pensar que tras escribir el libro entero, antes o después, ya les acabaría llegando a ellos el Apocalipsis íntegro con las cartas dirigidas a ellas y que, entonces, ya las leerían. Sin duda, el apóstol fue el primero en tomarse muy en serio cada una de las palabras que aparecen en la *Revelación de Jesucristo*. Y cuanto antes enviaría las consignas de su Señor a sus siervos.

Eso sin desdoro de que las siete cartas conforman una gran carta enviada a la Iglesia de todos los tiempos. Si el Evangelio nos muestra a un Jesús de Nazaret predicando un «buen anuncio» (*euangelion*) de amor, las siete cartas nos muestran a un Cristo sobre el trono centrado en cuestiones eclesiales. Hay un Jesús pobre y sencillo predicando el Reino caminando por Israel. Y hay otro Jesús magnífico, verdadero Rey, que aparece aquí como gobernante de sus iglesias; caminando no por Israel, sino entre sus iglesias. Vi *en medio de los candeleros como a un Hijo de Hombre* (Ap 1, 12). Son dos visiones de Jesucristo totalmente diversas, las dos verdaderas, las dos descritas por el mismo apóstol en su evangelio y en su apocalipsis.

Los cuatro evangelios forman un anuncio completo, no incompleto: es el anuncio perfecto del Reino. El Apocalipsis es una carta suplementaria. Su Autor, Dios, sabía que la mayor parte de los cristianos a lo largo de los siglos no leerían nunca este libro final de la Biblia. Sabrían de este libro poco más que su existencia, unas cuantas generalidades conocidas por menciones en sermones y pinturas en los templos. Dios sabía que la mayor parte de los cristianos conocerían de memoria algunas parábolas, que también conocerían de memoria, algunas enseñanzas salidas de la boca de Jesús. Pero Dios sabía que casi nadie sabría repetir ningún pasaje concreto del Apocalipsis. Los cristianos acerca del Apocalipsis conocerían el mensaje de forma genérica, resumida. De esta manera se cumple que los cristianos conocen más o menos la Buena Nueva (*euangelion*), pero pocos la revelación (apocalipsis) suplementaria. Este hecho es razonable, pues una cosa es lo esencial y otra lo suplementario.

Cada carta se envía a un ángel de una comunidad. Este ángel es el obispo que presidía cada iglesia.

1. Porque los humanos no envían cartas a los ángeles; eso es un hecho desconocido en todas las páginas de la Escritura.
2. Porque *angelos* significa enviado. Y las Escrituras sí que usan ese término para referirse a Jesucristo como Ángel de Yahveh, y a san Juan Bautista (Lc 7, 27; Mal 3, 1).

Cierto que las cartas podrían enviarse al obispo o al presbítero que había en esas ciudades. Pero parece más claro que se envíen a los obispos, porque la tradición afirma que Juan lo escribió en su destierro de Patmos. Ese destierro de ningún modo se sitúa cercano al comienzo de su ministerio apostólico. Dado que esas siete iglesias debían ser las más importantes del Asia Menor, resulta lógico pensar que las más importantes a la mitad (o final) de la vida de Juan ya contaban con obispos. Además, habla de un ángel por iglesia. Resulta difícil pensar que ninguna de las principales iglesias no contara, al menos como excepción, aunque fuera de modo transitorio, con al menos dos presbíteros. Apóstol (*apostolos*) significa *enviado, mensajero*; lo mismo que *angelos*. Este comienzo del Apocalipsis indicaría una nomenclatura distinta de la de san Pablo. A los obispos y a los apóstoles se les llamaría *mensajeros*. Pero a unos bajo el nombre *apostoloi* y a otros como *angeloi*.

El Apocalipsis es como una carta enviada a la Iglesia, al estilo de las siete dirigidas a siete iglesias concretas. Una extensa carta de anuncio de castigos, plagas y desastres que se une al mensaje de amor y salvación que es el anuncio del Reino de los cielos del Evangelio.

Alguien podrá criticar mi continua calificación del Apocalipsis como un elenco de plagas. Afirmarán: ¡El Apocalipsis es mucho más que eso! Tienen razón, el texto joánico también es una glorificación de Dios. Pero la mayor parte del libro es lo que es; otra cosa es que queramos ver

otras cosas. Hay un hecho que escapa a toda controversia: sin contabilizar las cuatro páginas dedicadas a las siete cartas, hay que señalar que son catorce páginas de castigos frente a una sola página relatando la Jerusalén celestial. Hablo de una página en una Biblia de tamaño normal. Es una medida poco precisa, la de una página, pero servirá para hacerse una idea más visual de lo que hablo.

Aun contabilizando en el cómputo la parte de las cartas, $\frac{3}{4}$ partes del texto están dedicadas a las plagas y castigos. No estoy restando importancia escatológica al triunfo final con el que acaba la Biblia. Me limito a llamar la atención de que la reflexión teológica debe partir del hecho irrefutable de que lo específico de este libro joánico, su núcleo textual, son los elencos de plagas.

Si no queremos negarnos a la realidad textual, leyendo lo que queremos leer, podríamos decir que el Nuevo Testamento se abre con una buena noticia (*eu-angelion*) y se cierra con una mala noticia: las plagas, castigos y sufrimientos de la Humanidad, la persecución de los cristianos, la destrucción de la creación natural. La semana de la creación del Génesis se cierra con el triple septenario de la destrucción de esa creación. Por supuesto, esa mala-noticia (*kakosangelion*) se corona con el triunfo perfecto, absoluto, definitivo de Dios y de los que siguen a Dios. Pero todo es una sucesión de malos anuncios hasta que llega la nueva creación.

Esto nos lleva a que podemos entender la entera Sagrada Escritura como la historia de las tres creaciones de Dios:

Creación material: el hombre caminará en tinieblas hasta que Dios decide hacer la luz.

Creación espiritual: primero el Pueblo de la Antigua Alianza, después de la nueva.

Nueva creación material y espiritual: nuevo Jardín del Edén y Nueva Jerusalén

El Libro del Apocalipsis podría haber empezado directamente con las plagas, pero conforma un conjunto más equilibrado abriendo el texto con el atrio que se coloca en su principio. Así se comienza con un sermón formado por siete sermones, las siete cartas. Un sermón que, en el fondo, condensa toda la Historia de la Iglesia hasta que llegue el tiempo del fin del mundo. Es decir, las virtudes y pecados de estas siete comunidades condensan los errores, aciertos, triunfos, desviaciones y derrotas de las iglesias a lo largo de los milenios.

De esta manera, antes de describir la etapa final de la Historia, se nos resume la Historia de la Iglesia. Y así el Apocalipsis nos describiría la Historia de la Iglesia y el final de la Historia.

El Atrio comienza con Cristo y acaba con la visión del Trono de Dios.

1. Cristo
2. Mensaje de Cristo: las cartas
3. Trono

Es como si dijera que todo lo que va a suceder después está bajo control, que el Mal nunca tuvo ninguna posibilidad de vencer. Aun así, esos tiempos son tan crueles que esta verdad del Trono va a tener que ser recordada varias veces (con las visiones celestiales de san Juan) en mitad de los sufrimientos.

El primer versículo del capítulo primero, es decir, el pórtico del Apocalipsis, se abre de esta manera:

Revelación de Jesucristo, al cual Dios se la entregó para mostrar a sus siervos las cosas que deberán suceder en breve (Ap 1, 1).

Lo primero de todo, no lo olvidemos, este libro no supone una antítesis respecto al evangelio de amor de Jesús. Es Cristo el Autor de uno y otro libro. Creemos en un Dios de la salvación y del castigo, un solo Dios que salva y condena, que cura y castiga.

Hay dos palabras problemáticas en el primer versículo del Apocalipsis: ¿cómo interpretar el anuncio en Ap 1, 1 de que las profecías deberían suceder *en breve*? (En breve: «en tajei», en velocidad, en rapidez). Lo cual se repite dos versículos después: *el tiempo está cerca* (Ap 1, 3). Aquí no vale decir, con el salmo, que para Dios *un día es como mil años*. Si el criterio fuera ése, de un plumazo habríamos barrido cualquier inteligibilidad de todas las referencias temporales en las profecías de la Biblia. Si Dios dice que algo va a suceder *en breve*, se refiere a que es dentro de poco tiempo para nosotros, porque nos habla a nosotros.

Así que, justo al principio del libro, se nos revela que el libro debe ser leído por todas las generaciones de cristianos. No es un libro útil solo para el final. Lo que se va a describir en este libro es lo que va a suceder desde la primera generación de cristianos hasta la última. Es un libro en el que podemos ver infinidad de pequeños apocalipsis a lo largo de la Historia. Las profecías se cumplirán íntegramente al final, pero parcialmente en cada generación.

Tomada la Historia entera desde san Juan hasta justo antes del comienzo de las plagas en la generación final, el libro se habrá cumplido íntegramente no de forma literal, pero sí de forma esencial. Las plagas comenzarán a caer sobre la sociedad y las persecuciones sobre los cristianos desde la época de san Juan. Pero todas las plagas repartidas en la Historia se abatirán condensadas en la última generación. Hay un cumplimiento esencial a lo largo de la Historia, y un cumplimiento literal (hasta en sus más pequeños detalles) en la última generación; hay un cumplimiento repartido y otro

condensado. Con lo cual es totalmente cierto lo que se dice en el Apocalipsis de que esas profecías se comenzaron a cumplir *en breve*.

No deseo detenerme en un análisis pormenorizado de las siete cartas, para no perder esa visión general de este libro. El año pasado dediqué una hora de predicación, dividida en cuatro sermones, a estas siete cartas del Apocalipsis. Las cartas son un gran sermón de Cristo acerca de la vida eclesial, pero la presente obra tiene el propósito de centrarse en las plagas. Así que pasamos directamente a ellas.

Aunque antes de abandonar esta parte del libro quiero detenerme en un detalle mínimo: el candelabro de los siete brazos va a desaparecer, como el Templo mismo, como la misma Jerusalén. En su lugar habrá siete candeleros. Hay que imaginar estos candeleros como esos pies de bronce (que se han conservado en pinturas y museos) de los que cuelgan varias lámparas de aceite; velas en esta época no. Candelabros distintos, lámparas distintas. La unicidad de un solo candelabro de un solo pueblo elegido, el hebreo, ahora ha sido sustituida por la multiplicidad de candeleros diversos entre sí en altura, en ornato, en número de lámparas. Las mismas lámparas que sostiene cada candelero son distintas en hechura y forma.

LOS SIETE SELLOS



EN LOS SINÓPTICOS aparece lo que podríamos denominar el Apocalipsis del Evangelio. No digo que sean tres textos apocalípticos, porque realmente son tan iguales que podemos hablar casi de un solo discurso repetido tres veces. Lo esencial del resumen que Jesús hace de los acontecimientos del fin del mundo es que habrá guerras como nunca antes las hubo:

Entonces les dijo: se levantará nación contra nación, y reino contra reino (Lc 21, 10).

Sucedarán determinados desastres terrenos y signos celestes:

Y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestes; y habrá terror y grandes señales del cielo (Lc 21, 11).

Un signo y culminación de toda esta maldad será la abominación de la desolación:

Así, cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo... (Mt 24, 15).

Habrá persecuciones contra los cristianos:

Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre (Lc 21, 12).

Algún otro pasaje añade algún detalle menor como la furia del mar:

Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas (Lc 21, 25).

Las palabras de Jesús se pueden leer como un resumen de todo el Apocalipsis de Juan. El texto joánico se puede reducir a esta esencia sinóptica, a estos ocho signos: persecuciones, la abominación de la desolación, terremotos, hambre, peste, guerra, señales en el cielo y que el mar se saldrá de sus límites. Ese es el resumen y compendio de todo el relato del fin del mundo. El desenvolvimiento de los siete sellos de san Juan, en el fondo, es una extensión del apocalipsis sinóptico. Jesús podría habernos dado treinta, cincuenta, detalles concretos acerca de los hechos del fin del mundo. Pero nos dio ocho, solo ocho, signos determinados.

Vayamos ahora a los detalles del texto joánico al hablar de esta primera serie de catástrofes que son la apertura de los siete sellos. Los sellos de los que habla san Juan hay que imaginarlos como sellos de lacre, una *gomorresina* que ya se usaba

para este fin mucho antes de esta época. El *biblion* (diminutivo de *biblos*) que *ha sido sellado con siete sellos* (Ap 5, 1) hay que entenderlo, porque era lo usual, como escrito sobre papiro. En esa época no era usual escribir sobre pergamino. Y las tablas solo servían para escribir algo rápidamente antes de transcribirlo sobre papiro. Otros soportes como las planchas de bronce o la piedra no se pueden aplicar aquí, pues no se pueden sellar. Por lo tanto, lo que entendía cualquier lector de esa época era que se había escrito sobre papiro.

Todos los autores que he consultado imaginan este *librito* como un rollo. Pero no se menciona la palabra «rollo» en ningún momento, sino la palabra *biblion*. Aunque hay infinidad de representaciones pictóricas de este rollo, los artistas no tienen en cuenta que para echar el lacre líquido sobre el borde de un rollo hay que doblarlo de forma plana. De otra manera, el líquido escurriría totalmente por la superficie curva, por más cuidado que se ponga en la operación. No es posible detener el lacre líquido sobre la superficie combada de un rollo. Además, posteriormente, cuando el lacre se enfriase un poco, tampoco se podría sellar sin aplastar completamente el rollo. Luego el librito hay que imaginarlo como una página de papiro doblado de forma rectangular. Pliego plano y rectangular para que haya espacio para siete sellos. Por más pliegues que tenga un papiro, al final hay dos bordes que son los que se unen con los sellos. Analicemos este septenario.

PRIMER SELLO

Había un caballo blanco y el que lo montaba tenía un arco. Se le dio una corona y salió como vencedor y para seguir venciendo (Ap 6, 2).

Aquí se profetiza la guerra. Pero, puesto que el siguiente sello también simboliza la guerra y se le da una espada al jinete,

sin duda el primer sello expresa una modalidad específica de guerra. El arco como símbolo de la guerra a distancia, como símbolo de lo que se lanza en el aire. El arco podría tener connotaciones de guerra balística, es decir, de una guerra con misiles.

En el siglo I les debió parecer increíble que se pudiera hacer la guerra solo con el arco. Pero ahora, bajo la interpretación que he dado, nos parece lo más natural. Tengamos en cuenta esto, porque hay otros elementos del Apocalipsis que nos pueden parecer imposibles ahora, y que en su momento parecerán totalmente naturales.

SEGUNDO SELLO

Entonces salió otro caballo, el rojo. Al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz, para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande (Ap 6, 4).

A mi entender, este sello marca que la guerra continúa ahora ya con la infantería, simbolizada con la espada. La primera parte de la guerra (simbolizada por el jinete del caballo blanco) era más limitada, porque es del segundo jinete del que se afirma que *se le concedió quitar de la tierra la paz*. Siempre ha habido guerras en el mundo, así que el signo del que habla Jesús en el apocalipsis sinóptico es una guerra mucho más extendida de lo que hasta ahora hemos visto.

Dado que la II Guerra Mundial no fue el Apocalipsis, este segundo sello implica una guerra de mayores dimensiones que ésa. De todas maneras, en el segundo sello, todavía no se ha producido un choque brutal, total, entre las dos superpotencias del mundo. Porque eso se producirá más adelante cuando el Apocalipsis nos habla del Armagedón: la gran batalla entre el poder de Occidente y el de Oriente. Sea dicho de paso, muchas personas equivocadamente pronuncian este

nombre como «Armagedón». Pero el texto joánico escribe este nombre como aparece más arriba.

TERCER SELLO

Había un caballo negro. El que lo montaba tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: Un litro de trigo por denario, tres litros de cebada por denario (Ap 6, 5):

El color blanco del primer jinete me sugiere una guerra limpia, tecnológica. El líder de la gran potencia atacante aparece como vencedor y solo como vencedor, es como si no se hubiera manchado las manos. La nación atacante no se mancha. En un primer momento, los atacantes piensan que todo va a quedar allí, en una agresión a distancia, que todo puede resolverse con misiles y bombardeos. Pero después aparece el color rojo del siguiente caballo: hay que mancharse de sangre. Este segundo caballo lo veo como símbolo de que la nación atacante se ve obligada a enviar la infantería. El primer caballo es el del vencedor. Pero, cuando interviene la infantería, cuando los soldados se ven obligados a andar en tierra extranjera, el que lleguen las bolsas con los cadáveres es inevitable. La sangre, por primera vez, mancha también al atacante. Sin duda, al final, también el atacante es atacado en su propio suelo. Una vez que se desata el monstruo de la sangre, la sangre mancha a todos.

El tercer color es el del luto. Los atacantes se ven golpeados por el hambre. La guerra provoca siempre un hundimiento económico. Ciertamente se podría pensar que la sangre y el hambre es solo la de los conquistados, la que se produce en una tierra lejana. Pero pienso que los colores indican una progresión a peor en este avance de los sellos, progresión que

salpica a la nación atacante; nación atacante o cúmulo de naciones atacantes.

Dado que es un signo del fin del mundo, no hablamos de pequeños conflictos armados, sino probablemente de una serie de guerras extendidas por el Orbe. Guerras que no serán una guerra total entre las dos más grandes potencias, ya que la gran confrontación tendrá lugar en el Armagedón, la confrontación ya sí frontal de las dos grandes potencias y los aliados de ambas. Ese Armagedón sucederá más adelante en el texto joánico.

Luego este sello hay que entenderlo tal vez como una sucesión de muchas guerras pequeñas regionales extendidas por el mapamundi. Esta suma de conflictos será de tales dimensiones que por eso esas guerras son un signo. Siempre ha habido guerras en la Historia, pero éstas son un signo, porque el mundo estará en guerra.

Esas conflagraciones producen un colapso económico, una detención del comercio internacional. En un mundo globalizado, interconectado, en el que los inversores entran en pánico, es lógico entender que una generalización de la guerra produzca un crack como el de 1929. De ahí que al jinete del caballo rojo le siga el hundimiento económico y el hambre. Es imposible que el comercio no se paralice en mayor o menor medida en mitad de una conflagración de carácter mundial.

Pero no causes daño al aceite y al vino (Ap 6, 6).

Sin embargo, por alguna, razón el aceite y el vino no suben de precio como los otros alimentos. Sin duda es un detalle que en sí no tiene mucha importancia, pero sí que la tiene como elemento identificador. Muchos pequeños detalles específicos como este se hallan desperdigados por el libro, para permitir identificar que se trata del verdadero Apocalipsis. En el contexto de la apertura de los sellos, veo muy difícil la posi-

bilidad de que el aceite y el vino sean símbolo de otras realidades y que este sello no deba interpretarse de forma literal.

Aunque sostengo la interpretación literal de este detalle, puestos a buscar un simbolismo añadido (es decir, que se añada a la verdad de que el aceite y el vino no subirán dramáticamente de precio), hay que decir que el aceite es símbolo de la santidad, y el vino de la Eucaristía. Quizá también se nos quiera decir que en esta fase, todavía no se perseguirá ni la santidad ni la celebración de la misa. De ahí la expresión *no causes daño*, de momento no se tiene permiso para eso.

CUARTO SELLO

Había un caballo verdoso, el que lo montaba se llamaba Muerte, y el Hades le seguía (Ap 6, 8a).

Hasta ahora en la gran potencia atacante ha habido gente que pasa hambre, pero hasta este momento no se había producido la muerte a gran escala. Cuando esos hambrientos comienzan a morir en masa es cuando se considera que comienza a abrirse este cuarto sello. Obsérvese que este sello podría considerarse parte de los anteriores, pero es consecuencia de ellos y ocurre algo después de que comience la guerra y el hambre.

La palabra griega *hades* originalmente designaba para los griegos la oscura región del inframundo donde penaban los muertos. Será el modo en el que los Evangelios designarán el reino ultratumba de oscuridad frente al reino de salvación. Cuando se dice que el Hades sigue a la Muerte, no significa que todos vayan al infierno, sino a penar a las regiones inferiores. Confío en que tras un tiempo de purgatorio, incluso en esta época, la mayoría logre la salvación eterna.

El mensaje que ofrecen este jinete y el que lo sigue es claro: la mortandad que se produce por los desastres anteriores tiene